

Wilma Stockenström

La expedición al baobab

Traducción del inglés de
Lorenzo Luengo

 Siruela

Nuevos Tiempos

Con acritud, pues. Pero no me permitía tal cosa. Con sensación de ridículo, pues, que es más afable, que no pierde su transparencia y todo le da igual; y, como vuelve un pájaro a su nido, puedo yo volver a deslizarme por el tronco de un árbol y reír para mis adentros. Y guardar silencio, también, tal vez guardar silencio hasta el punto de soñar hacia fuera, pues el sueño es nuestro séptimo sentido.

El tiempo en el pasado me causaba problemas cuando pretendía tener más que el día y la noche, y contar era mi obsesión y no estaba segura de si las ocasiones en que me quedaba traspuesta durante el día podían considerarse plena noche, al ser la noche un suceder sin hechos, y el día, el de las horas bien colmadas. Dormir como la noche. Y cómo en ocasiones alargaba mis noches, ovillándome en un bulto lo más pequeño posible allá en el rinconcito más oscuro, con la frente pegada a las rodillas para así acallar lo que me roía por dentro, enredada en confusos pensamientos, y concentrada en un color al que me aferraba para luego poder decir: mi sueño era azul, o de un rojo ardiente como la sangre, o de una cambiante tonalidad gris. Despertaba en pedazos, me incorporaba aturdida, insegura, y acudía a poner un talón polvoriento en esa gran hoja azagaya de la luz del sol que

hiende cada día con un torzal letal y firme el interior de mi morada.

Aquella fue la época anterior a las cuentas. La época posterior a las cuentas es más fácil de tratar. Ya no es la suerte lo que tan a menudo me lleva a cortejar el sueño, y hace ya mucho que tampoco veo en él una vía de escape. Simplemente me limito a vivir, me confieso a mí misma.

Con las cuentas comenzó mi decidido esfuerzo por señalar el tiempo. Las recogí hace unos días, y solo después se me ocurrió la idea. Añadí aquel nuevo hallazgo al montón de trocitos de cerámica que la curiosidad me había llevado a reunir en mis viajes de diversas distancias desde el árbol; vacilantes, aburridos, frustrantes viajes lejos del camino hasta el agua que para entonces casi visiblemente había hollado.

A la manera de los animales salvajes construyo mi propio camino. Tardé en llegar a esta conclusión. Como la redunca; no, no como la redunca ni la cebra, no como el búfalo o los animales que van en manada del tipo que sea, que complementan los sentidos de los otros y afrontan juntos las crisis y sobreviven a lo que por sí solos serían casi incapaces de afrontar, y que aun así se ven atacados de uno en uno, y mueren solos, cada cual a su hora. Hago mi propia senda, con un propósito tan claro que ya sé que he habitado mucho tiempo estos pagos, o más bien ese habitar nunca ha sido el problema. Más bien debería decir: yo también sobrevivo aquí, pero solo me tengo a mí, e incluso en esos días en que siento como si bajo la tierra, por todas partes, se ocultaran huevecillos de serpiente, incluso entonces debo arreglármelas sola y tratar de no pisarlos.

La senda que me lleva a la corriente, construida por mí que tan suavemente piso, clara, ligeramente quebrada, entreverada a matorrales y troncos y que corta llanuras de hierba recostada donde el cárdeno invierno, empieza a hacer su

asiento; esa senda se inclina en una brusca y última pendiente hasta una extensión de agua irradiada por el sol, tan ancha como mis brazos abiertos, situada entre los troncos de dos jóvenes matumis que protegen el lugar en el que bebo. Más lejos, corriente abajo, está el lugar en el que lavo. Más arriba, allí donde este afluente desemboca en la corriente principal, se encuentra el vado de los elefantes.

La vez en que estuve a punto de acabar pisoteada por la manada pensé en un acertijo que las jóvenes solíamos plantearnos unas a otras: ¿qué es lo que lleva su vida en su propio vientre? Tuvo que haber sido cosa de todos esos estómagos rugientes que por un instante me arrancaron una risa impaciente para luego dejarme la garganta bastante seca en mi exiguo escondrijo, sin otra cosa que un risco de rocas y unos juncos entre ellos y yo. La horda de pezuñas pasó rápido por mi lado para abrirse camino hasta la charca; se agitaba el agua; los elefantes se bañaban sin premura. Me metí en mi caparazón. Una niña esclava no crece bajo tan cerrada protección. Podría añadir: nadie crece tan ignorante como una niña esclava, e incluso yo, la más clamorosa excepción, parezco estúpida en lo que concierne a los animales salvajes y sus hábitos, pues mi conocimiento se limita a un puñado de informaciones relativas al mercado del marfil. Hay épocas en que un elefante se traga un guijarro, y los guijarros se chocan en el interior de su tremendo vientre el resto de su vida, se chocan y chocan. Todo cuanto resultara incomprendiblemente enorme decidí reducirlo a algo ridículo para poder asimilarlo y demostrar el poder que tenía sobre ello, mientras me arrodillaba cómicamente ovillada tras la piedra y el junco, babosa sin concha, una cucaracha de blando caparazón del tamaño de la yema del meñique, sumida en la angustia de una muerte fingida, esperando a que aquel interminable retozar tocara a su fin para que de nuevo pudiera

alzarme como un ser humano y mirar a mi alrededor. Llegó un último bramido procedente de la otra orilla. Entonces recuperé una envarada posición erguida, me sacudí la arena mojada y temblé a merced de aquella misma brisa que apaisaba los juncos.

Ahora soy amiga de la manada en cuyo vado y lugar de baño me adentré sin querer. Amistad, no obstante, es una manera un tanto condescendiente de llamarlo. Yo vivo. Ellos viven. No hay más. Desde la elevación en la que me encuentro puedo ver en ocasiones las encorvadas espaldas arremolinándose en el lejano centelleo del agua; escucho los bramidos, puedo ver por un instante que un par de colmillos se alzan, y, con todo, me esfuerzo por hacer que ese espectáculo guarde coherencia con la delicada pulsera que una vez llevé. Hay conexiones que se me escapan.

Si no soy capaz de conocer siquiera todo cuanto hay en el breve paseo que se extiende desde la entrada al baobab hasta el montoncito de cerámica y demás hallazgos, un puñado de pasos hasta ahí y otros tantos atrás, ¿qué puedo decir de mi viaje, que en ocasiones tengo la impresión no solo de que me ha llevado una vida recorrer, sino también de que todavía perdura, todavía prosigue, aun cuando, como ahora, no hago sino viajes en círculo alrededor del mismo lugar?

Tantos pasos hasta ahí, con los pies ya cansados. ¿Qué creía estar recogiendo cuando traje aquí todo esto...? ¿Qué pensaba que iba a obtener de un montón de basura...? El tiempo se convierte en cuentas y luego en basura.

En los muchos senderos de mi memoria se yerguen figuras amenazadoras que interrumpen cada mirada que echo atrás. Conozco esas figuras. No puedo nombrarlas. Se alzan sobre mí en la forma de algo humano o, a veces, como la esquina de una hirsuta pared o como la trampilla deslizante de una cabaña que trata de engullirme y arrastrarme hasta

hacerme desaparecer, una trampilla que se precipita con furia abertura abajo, que se precipita a una velocidad tremenda, y entonces, a un metro de mí, hace inopinadamente un brusco viraje y todo se remansa y me embelesa; también, en ocasiones, es como una suave deformidad de la expectación, seguida de un notable abatimiento cuando la multitud de afiladas pinzas que me aferran se convierten en los flácidos zarcillos de un matorral, cuando cada cosa desaparece sin más dejando una insondable grisura a mi espalda. Entrecruzándose en mi memoria hay más senderos de los que realmente he visto en mi vida. ¿Qué no sería capaz de perseguir si se me concediera la posibilidad de hacerlo, y mi habilidad detectivesca no se viera con tanta frecuencia frustrada, y el camino no se perdiese en mi interior?

Irradian de mi morada toda clase de senderos que no conducen a ninguna parte. No es que los tendiesen ahí. Aparecieron sin más. Por supuesto, a mi llegada hice uso de las huellas de los animales porque no había otra cosa disponible, salvo los caminos que no llevaban a ninguna parte, pero pronto hube de comprender que mi forma de pensar no encajaba con la de los otros seres de por aquí. Y busqué y abrí un camino y encontré.

Encontré, digo. Qué miedo.

El bien más importante, el agua, no tuve que buscarlo. La hay en abundancia. Es visible y audible. En esta ofrenda, la concha de un huevo de avestruz, recojo el ondular de la corriente. Sostengo la concha en el límpido arco que hace el agua al saltar sobre una tosca piedra como para atrapar la luz y el sonido. Una vez y otra la rebaño así, y vierto el espíritu del agua que esplende y que murmura dentro de la ofrenda de una jarra de arcilla. Levanto entonces la jarra lentamente con ambas manos sobre mi cabeza, me encorvo, arrodillada como estoy, para recoger la concha que me sirve

de cuenco, y caminando regreso por la senda del agua hasta el baobab.

Encontré toda clase de comida de campo; y descubrí además que la cortaba, la arrancaba, la cogía, compitiendo con otros animales, que los árboles no hacían brotar retoños ni florecían ni cargaban su fruta para calmar mi hambre, que los tubérculos y las raíces no se dilataban bajo mis pies para mí, que no por complacerme la warburgia soltaba su néctar, y no por refrescarme se alzaba la albizia en lugares estratégicos a medio camino de un retazo de sombra, y no por darme gusto descorrían sus pétalos las moteadas orquídeas, ni era por mí por lo que la jacaranda desplegaba capas de perfume al comienzo del verano.

Una vez los jabalíes han pastado, una novata peina el retazo de campo que los veteranos han hozado, se arrodilla como ellos, y, a falta de colmillos, intenta perforar el duro suelo con un palo. A falta del talento para olfatear y reconocer las raíces y bulbos comestibles, se afana en buscarlos haciendo uso de la vista, y no sin pesadumbre se retira de allí con poco más que un puñado de ellos. Una vez los babuinos han pastado, lleva a cabo el mismo procedimiento, salvo por el hecho de que, antes de aventurarse en el territorio de dichos primates, comprueba que se encuentran ya muy lejos.

Me dan más miedo las muecas del babuino que los colmillos de los jabalíes y cerdos salvajes. El primero se parece demasiado a mí. Me da miedo lo que hay reconocible de mí en su horrible cara. No me olvido de que aquí estoy en desventaja, de que mi conocimiento es menor. Me siento hostigada por el modo en que esa monstruosidad imita mis cambios de humor y mis caprichos, y me siento ridícula por mi refinamiento, por la demostración que hace esa vulgar criatura acuclillada de que tal cosa es superflua. Desprecio su fuerza, su astucia, su manifiesto señorío de este mundo.

Desprecio a los babuinos, a todos y a cada uno de ellos. Glotones de obesas mejillas; me dan náuseas. Sus antiestéticas cópulas públicas y la súplica vejatoria de las hembras, ese agachar la cabeza de las hembras bajo las rudas manos de los machos, y las estruendosas reprimendas, y esos ojos tan pegados, como solo se ve en los brutos y que creo que son también indicio de codicia. Los conozco demasiado como para que me gusten. Si estuvieran en una jaula, podría al menos reírme de ellos. En cuanto a lo que ellos saben de mí, lo cierto es que nada dejan ver en sus largas miradas de soslayo. Me figuro que no les supongo sino una molestia. Una extraña, lejos del dominio en que llevan a cabo sus actividades.

Solo cuando estoy dormida sé a ciencia cierta quién soy, pues reino sobre mis horas de sueño y ocupo satisfecha mis sueños. En esos momentos me necesito.

Fue huyendo a todo correr del centinela de un tropel de perros lobo como llegué a un repecho llano —a mí me parecía llano—, donde tropecé y caí cuan larga era. Jadeando pude recobrar el aliento. Me volví en redondo. El corazón me palpitaba en las yemas de los dedos. Los penachos de aliento que brotaban de las aletas de mi nariz silbaban entre temblorosas hojas de hierba reseca.

Permanecí allí tendida durante un buen rato, con la resignación de un carroñero para quien el hambre es algo tan familiar que puede aguardar a que se le pase. Vi entonces algo brillante, unas perlas de luz entre mis pestañas que centelleaban en verde y negro, pero la luz se convirtió en algo sólido cuando hurgué entre las hojas de la hierba con la punta del dedo y las toqué. Me incorporé entonces, y, con la uña, arranqué de la arena y de las raíces secas aquellas cuentas. Descansaban en la palma de mi mano, dos negras y una verde. Llevé aquel inútil hallazgo hasta el árbol.